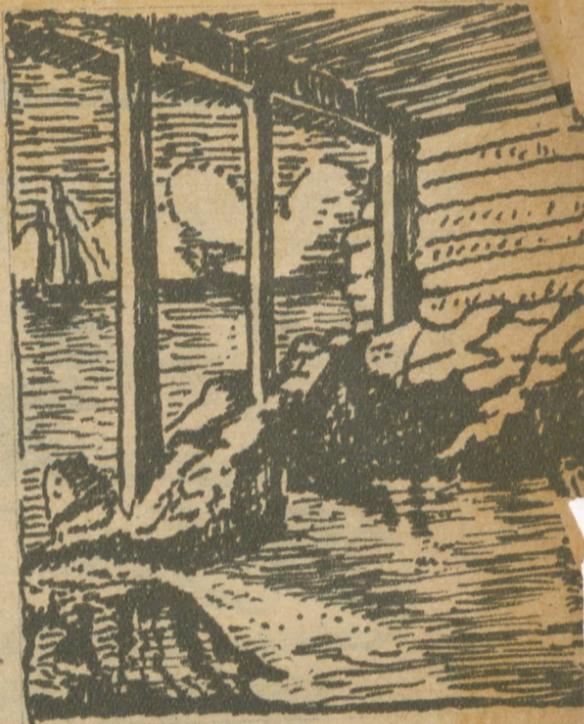


Las Pocetas de La Habana



Pero los baños de mar, en las primeras horas de la mañana, son, para mi gusto, los mejores, aun para un inválido, no obstante que los cubanos le asegurarán que puede ocasionarle "la muerte".

Esta creencia tiene su explicación, y es que cuando nosotros los norteamericanos estamos en La Habana, es para los cubanos su invierno, que realmente es equivalente a nuestro verano; y el agua marina, siendo la del tibio golfo de Méjico, está más caliente que la atmósfera que nos circunda al salir del baño. Creo que para nosotros la diferencia de temperatura sólo es perceptible cuando sopla un frío "norte", y aún entonces los malos efectos pueden evitarse con un frasco de coñac. Mientras estuve en la ciudad tomé diariamente un baño de mar, y los mejores fueron cuando soplaban un fuerte "norte" que enviaba las espumosas olas por encima de mi cabeza y aun de los techos de las casas de baños. Estos baños están situados sobre los arrecifes, al final y a la izquierda del Paseo de Isabel. Hay varios de ellos, pero los mejores son los que se hallan más cerca del Paseo, y llevan el nombre singular de **Campos Eliseos**.

Las aguas del Golfo se deslizan sobre una playa compuesta de una especie de roca de coral, y en esta

roca se han abierto las pocetas algunas dotadas de techo, desde el baño reservado, al bañadero, que tiene una gran extensión, donde por el gusto de nadar. Generalmente tienen unos doce a dieciocho pies de profundidad. El agua penetra por una hendidura en la roca del lado que mira al mar y al nivel de éste en tiempo de calma. Es por donde el agua entra y sale, conservando la poceta perfectamente limpia y fresca para impedir la entrada del viento voraz del océano, que sopla desde el litoral.

El agua en estos baños es tan cristalina como el cristal, permitiendo ver el fondo en tiempo de tempestad, cuando las olas baten lo más fuerte. Un propietario me informó que se gastaron unos veinte mil pesos en la construcción de estos baños, y que se realizaron la mayor parte de ellos. Se alquilaban para baños de mar, y generalmente empieza para

un gran costo. Hay pocetas de grandes dimensiones, algunas de ellas públicas, teniendo éstas un baño reservado, al que puede darse un nombre. En las pocetas de mar, por unos ocho pies de profundidad, ellas alcanzan una profundidad de cinco pies, en una hendidura en la roca del lado que mira al mar y al nivel de éste en tiempo de calma. Es por donde el agua entra y sale, conservando la poceta perfectamente limpia y fresca para impedir la entrada del viento voraz del océano, que sopla desde el litoral.

transparente como el cristal, permitiendo ver el fondo en tiempo de tempestad, cuando las olas baten lo más fuerte. Un propietario me informó que se gastaron unos veinte mil pesos en la construcción de estos baños, y que se realizaron la mayor parte de ellos. Se alquilaban para baños de mar, y generalmente empieza para

abril, terminando en octubre) por la suma de tres mil quinientos pesos. Aún cuando en invierno se quitan generalmente los cobertizos que cubren estos baños, debido a las altas marejadas y a veces a los "nortes", queda siempre alguna protección para el bañista. Tengo la seguridad que los baños de mar nos hicieron a muchos de nosotros tanto bien como el mismo aire puro de Cuba, debido a que estas aguas del Golfo están mucho más impregnadas de yodo y sal que las aguas de nuestro mar, y este beneficio se nos hizo muy perceptible después de algunos baños por el vigor que sentimos en nuestra persona, con tanta mayor razón cuanto que era nuestra costumbre, después de cada baño de mar, lavarnos el rostro con agua fresca.

Es lo usual abonar por estos baños, comprendiendo toallas y un ligero traje de baño, cuarenta centavos, o sólo veinte si el bañista lleva consigo toallas y traje.

Es divertido, durante la temporada, en abril o mayo, cuando la temperatura es lo bastante calurosa para que aún las mujeres cubanas sientan la tentación de un baño refrescante, ya que no saludable, ver por las mañanas los quitrines y carruajes rodando por aquí llenos de señoras, generalmente acompañadas de una sirvienta, dispuestas a tomar su baño, lo que efectúan en tanto sus coches esperan, y el cochero, con la feliz disposición del negro cubano, se entrega inmediatamente a un sueño ligero, siguiendo generalmente el ejemplo su caballo.

(Samuel Hazard: Cuba a pluma y lápiz, 1871.)

